

Texto: **Joaquín Araújo**

“Cuando la aridez haya tensado sobre la tierra su piel de asna... anunciará el rojo final de los imperios”

Saint John Perse

Nos alegró sobremanera escuchar a Cristina Narbona esgrimir un argumento que ha pasado demasiado tiempo inadvertido, aunque no nos resultara en absoluto desconocido, ni siempre que se pudo, aireado. Estamos refiriéndonos, concretamente, a una de sus declaraciones con motivo de la Cumbre del Convenio de Lucha contra la Desertificación, recientemente celebrada en Madrid. Nos recordó que una parte considerable de la inmigración es empujada, a la tragedia del destierro forzoso, por el desierto.

El refugiado ambiental, en efecto, comienza a ser una norma y todo indica que podría llegar a ser, pronto, una excepcional avalancha. De momento lo que sí tiene esa rota condición son los encuentros internacionales relacionados con lo más común que tenemos todos los seres vivos de este planeta: el ambiente.

Inconteniblemente torpe, en efecto, resultó el resultado de la reunión, que a pesar de la mucha sensatez aportada y los denodados esfuerzos realizados por este Ministerio, acabó sumando aridez, ahora mental, al ya seco panorama de las conferencias mundiales y parientes cercanos. Tanto es así que cabe ir planteándose seriamente si tanta reunión no entra de lleno en la categoría de elemento a incluir como enfermedad mental/ambiental y por supuesto a combatir como se intenta hacer con el calentamiento, la pérdida de multiplicidad o el erial creciente. Podría ser oportuno que mientras nos llegan los mecanismos de cooperación y coordinación internacionales, vayamos haciendo cada uno, lo que podamos en nuestras realidades inmediatas. Ya sean individuales, familiares, locales, autonómicas y por supuesto estatales. A menudo, algunos afirmamos que la vivacidad del planeta, eso que antiguamente se llamaba sostenibilidad, pasa, en primer lugar, por no esperar a nadie. Aplaudimos a rabiar la propuesta de nuestro Gobierno de que sean las Naciones Unidas el instrumento formal para coordinar y dirigir las políticas de supervivencia aunque poco novedoso resulta el acordarse de que nada más global que el ambiente. No menos relevante, pero también arqueología ecológica, es que los acuerdos que no vinculan, y no generan actuaciones claras e inmediatas, ni siquiera merecen la consideración de tales. El cinismo también desertiza...

Conviene, en cualquier caso, insistir sobre lo que, tras este clima errático, sin duda es lo más grave que nos sucede.

“El rojo final de los imperios”, como casi siempre pasa, vendrá de la mano de otro poder más poderoso. El desierto es el gran devorador. Puede, incluso, ser considerado como un totalitario despiadado, casi sin fisuras, ni limitaciones. Por tanto, no uno más, sino que es la fuerza imperialista más acaparadora de los siglos. No contento, el erial, con haberse quedado con una cuarta parte de las tierras emergidas –situación más o menos fechada en los albores de las primeras civilizaciones– ha conseguido engullir otra considerable porción del planeta hasta el actual porcentaje de casi un tercio de lo que podemos pisar. Pero quiere más y lo está consiguiendo. Sobre todo, gracias al incondicional apoyo de esa quinta columna que son buena parte de las prácticas en el uso de la tierra a lo que se está sumando, por supuesto, las del empeño por desahuciar a los aires y poner en su lugar a la sucia avaricia de los humos. Por lo que la atmósfera nos devuelve el calor que le sobra en forma de sequía. Proceso que se contagia con facilidad a las mentes, sobre todo las de quienes, teniendo información suficiente y responsabilidad casi total y muchos recursos económicos –léase especialmente Japón y USA– no consiguen ni unos mínimos de presupuesto para que el proceso de coordinación de la lucha contra el imperio de la aridez continúe. Es decir que, no solo por fuera sino también por dentro, el desierto se nos cuela incontenible y mucho más rápidamente de lo que podemos aceptar.

En cualquier caso, y entre otros aspectos todos ellos de crucial importancia, lo que nos compete, casi en exclusiva y por obvias razones, es la posición de España. Porque somos uno de los frentes que está atacando con voracidad la aridez.

El desierto es un delincuente al que hay que controlar, reducir y privar de libertad de movimientos. Para lo que no nos falta información, ni tecnologías, ni sensibilidad, ni siquiera la voluntad política de los mejores... Pero el devorador está ahí mismo. Si queremos mirar podemos verlo. Se trata, pues, de aplicar urgentemente lo que sabemos y queremos. Acompañados mejor; pero también solos. 